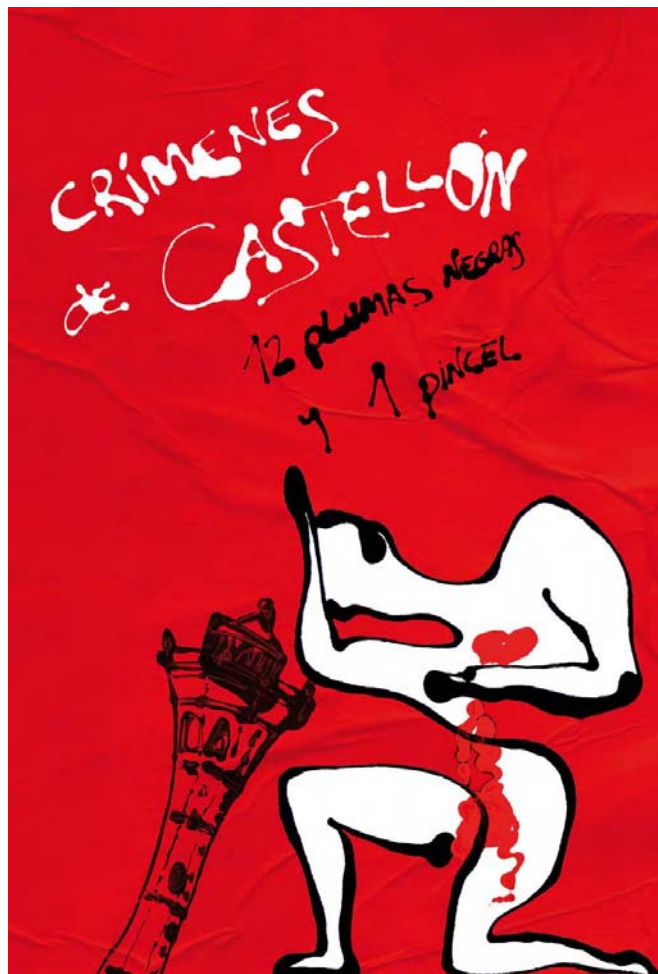


Sin rumbo

Un relato negro de Juan Carlos Enrique



Versión revisada y corregida del texto incluido en el libro “Crímenes de Castellón” publicado por Plan C en diciembre de 2008 y actualmente descatalogado.

Documento disponible para descarga gratuita en www.jcenrique.net/relatos
Contacta con el autor en el correo sinrumbo@jcenrique.net

A José Manuel Díez-Cubelos, teniente coronel de la Guardia Civil de Castellón, por su paciencia y asesoramiento.

A Pablo Sebastià, Gustavo Llach y Paco Fernández por invitarme a formar parte del colectivo "Doce Plumas Negras"

A mi madre Mari Carmen, de quien heredé la afición por la lectura por su ayuda con la corrección de este texto.



Acto de presentación del libro "Crímenes de Castellón" en el Casino Puerto Azahar. (Castellón, 15/12/2008)

I. LA BOLSA

El viejo motor Mercedes del destartado autobús emitió un profundo y sentido lamento. Demasiados años subiendo y bajando cada día por los mismos paisajes. Sin previo aviso se produjeron dos ruidosas explosiones en el interior del motor acompañadas de dos bruscos estremecimientos de aquella masa de metal, plástico, moqueta y polvo. Algunos pasajeros bufaron. Una desaliñada anciana sentada en la parte trasera del vehículo que sostenía en su regazo una cesta de la cual asomaba la cabeza de una gallina, murmuró una maldición. El autobús tenía la mala costumbre de dejar tirado al pasaje en plena ruta. La anciana lo sabía, al igual que el resto de viajeros. El vehículo se averiaba un día sí y otro también. Y parecía que hoy había decidido tomarse un merecido descanso en la cuneta.

Una gota de sudor frío brotó de la frente del chofer mientras todos sus músculos se tensaban en un vano intento por transmitir parte de su escasa energía al viejo autobús. Todos los pasajeros callaron uniéndose al vano esfuerzo del conductor. La anciana dejó de maldecir por un momento y ya nadie bufaba. Otra explosión en las tripas del vehículo, un nuevo tirón. La gota de sudor descendía impasible por la mejilla del chofer con la ayuda del traqueteo del transporte. El motor sonó con cierta normalidad de nuevo, primero muy fuerte, pero inmediatamente pareció asfixiarse. El pasaje contuvo la respiración en el preciso momento en que la gota de sudor abandonó definitivamente el rostro del conductor para estrellarse contra el suelo manchado por el óxido. Parte de la gota siguió resbalando a través de un pequeño agujero en la chapa y llegó victoriosa al asfalto, siendo absorbida inmediatamente por él. Fue entonces cuando la anciana volvió a maldecir, añadiendo un toque de obscenidad a su monólogo. Alguien de la parte delantera del vehículo insultó a viva voz a la mujer, tratando de acallarla. Y fue debidamente correspondido por ésta, justo en el momento en que, tras lo que pareció un esfuerzo titánico, el motor recuperó su régimen de revoluciones y el vehículo retornó poco a poco a la velocidad de cincuenta kilómetros por hora. La anciana movió la cabeza a un lado y a otro en señal de desaprobación, murmuró algo incomprensible y se recostó en su raída butaca intentando dormir. La gallina de su cesta pareció imitarla. Lo que una vez fue una gota de sudor, se había transformado en una pequeña mancha en el asfalto, unos cientos de metros más atrás.

El viaje continuaba por fin y los pasajeros suspiraban aliviados, sabedores de que la escena se repetiría con toda probabilidad en algún otro momento de las cuatro largas horas de viaje que todavía tenían por delante hasta llegar a su destino.

Sólo uno de los pasajeros permaneció por completo ajeno al incidente. Se sentaba en uno de los últimos asientos, junto a la ventanilla. Solo, junto a una de las pocas plazas libres del autobús. Mientras sus compañeros de viaje maldecían a viva voz o en silencio por los achaques del vehículo, él ni siquiera fue consciente de lo ocurrido. La visión de los paisajes montañosos por los que circulaba era

demasiado emocionante como para prestar atención a nada más. Para este pasajero cada árbol, cada montaña, cada casa, cada lugareño que desfilaba ante su ventanilla era un elemento que añadir al despertar de su pesadilla particular. Y mientras sonreía y disfrutaba del paisaje y del viaje, abrazaba con inusitado cariño la pequeña bolsa de deporte negra que portaba en su regazo.

II. ABDEL AZIM

Eran cerca de las nueve de la noche. El sol se había ocultado ya, y con él se marcharon las últimas luces del día. La planeadora avanzaba sigilosa en medio de la casi total oscuridad, mientras las estrellas brillaban majestuosas gracias a la ausencia de luna y de luz artificial. A algo menos de veinte millas de la costa peninsular, la única luz que podía verse, aparte de los centelleos de las estrellas, eran los monótonos destellos blancos del faro de Columbretes, diez millas más atrás, a popa. Tres intensos destellos, oscuridad, un cuarto destello y luego el haz de luz barriendo la lisa superficie marina desde lo alto de monte Colibre, cuya silueta se intuía bajo el potente foco luminoso.

Abdel Azim no prestaba atención alguna a la hipnótica melodía del faro, que seguía brillando, insistente, a su espalda. Prefería otro tipo de relajación. Mientras la embarcación semirígida de diez metros de eslora avanzaba silenciosa a la inusual velocidad de once nudos, él se afanaba por calentar con su mechero una generosa porción de la mejor resina de hachís, agazapado bajo el timón, evitando así que el viento, que barría la nave de proa a popa, apagara la llama del encendedor de gas que él manejaba con pericia. Era capaz de liar un perfecto cigarro con una sola mano mientras maniobraba con la otra su embarcación a treinta o cuarenta nudos. A tan baja velocidad, aquella operación era de lo más sencillo. El mar, totalmente llano, y la planeadora deslizándose suavemente en línea recta, rumbo al este, facilitaban la operación, que completó en unos pocos minutos.

Tras encender el cigarro por uno de sus extremos, levantó por fin el rostro hacia el viento, casi victorioso. Aspiró una generosa calada y una densa nube de aromático humo de hachís entró en sus pulmones. Retuvo la respiración unos segundos y exhaló. El humo que surgió del interior de su pecho desapareció inmediatamente disipada por el viento aparente que el avance de la embarcación provocaba. Casi inmediatamente una conocida sensación de ligera euforia le invadió. Unos segundos después una sonrisa surgió en su rostro, tenso hasta aquel momento. Sabía que ésta iba a quedarse ahí. Al menos hasta que llegara a su destino, en la costa de Castellón.

Abdel Azim echó un vistazo a la carga. Tras él, perfectamente estibados en el centro de la planeadora, sobre un sistema de anclaje que permitía un zafado rápido en caso de necesidad, un centenar de fardos. Tres toneladas de resina de hachís de las montañas del Rif marroquí, distribuidas en bloques de treinta kilogramos perfectamente envueltos en arpillera, asegurados individualmente con cuerda de cáñamo y forrados con cinta de embalar para asegurar su impermeabilidad. Nunca se sabe.

-Al menos aquí no me faltará mierda para fumar –murmuró para sí en árabe un instante antes de aspirar una nueva generosa calada de su cigarro.

A popa, ocultos a su vista por el volumen de la carga y tras las cuarenta garrafas de gasolina de diez litros cada una que ocupaban, perfectamente alineadas, el espacio inmediato a los fardos, ronroneaban a unas escasas mil revoluciones los cuatro motores Yamaha F350A de doscientos cincuenta caballos, montados en línea. En las expertas manos de Abdel Azim, aquellos mil caballos de potencia podían hacer literalmente volar a la pequeña planeadora en caso de necesidad. Ya había tenido ocasión de comprobarlo en su último encuentro con la Guardia Civil, dos meses atrás en una operación en la costa de Almería. Estuvo cerca. Tras entregar su carga en una cala desierta al sur de Agua Amarga, apareció de la nada una patrullera apoyada por un helicóptero. Sabiéndose descubierto tuvo que emplearse a fondo. Y afortunadamente patroneaba esa misma embarcación, la mejor de la flota de Mohammed El Saharui, a la que todos llamaban *Nâji* ('seguridad' en árabe), aunque no llevara inscripción ni matrícula alguna en sus gomas exteriores.

Fueron dos largas horas de persecución. Primero navegó en zigzag muy cerca de la costa, hacia el sur, a más de cuarenta nudos, perseguido de cerca por la patrullera junto a los acantilados del cabo de Gata. Y después, tras casi estrellar la planeadora contra un islote rocoso tras una brusca maniobra, enfiló proa a Nador, rumbo sudoeste, seguido de cerca por la embarcación de la Benemérita. Volando la nave a casi sesenta nudos, la patrullera no pudo continuar la caza durante mucho más tiempo. Y el helicóptero abandonó la persecución a pocas millas de la costa africana, tras dar por radio un inútil aviso a los guardacostas marroquíes. Su habilidad como patrón, la excelente embarcación y su fe en Alá le salvaron aquel día de caer en desgracia.

Su hazaña en Almería sirvió para acrecentar su fama como patrón en su Tánger natal. Esto le permitía seleccionar los trabajos mejor pagados, que solían ser los más arriesgados. Aquel encargo sin duda, pertenecía a este último grupo. Pese a que en la salida desde la costa marroquí no hubo complicaciones. Las autoridades locales, debidamente sobornadas, despejaron convenientemente el tramo de playa al sur de Ceuta donde la planeadora fue depositada en el agua por un remolque para iniciar su viaje. La larga travesía en mar abierto, dando un amplio rodeo para evitar el dispositivo de vigilancia del Estrecho, hasta llegar desde el este a las Islas Columbretes tampoco tenía complicación alguna. Las autoridades españolas vigilaban celosamente sus aguas, pero no tenían posibilidad de seguir la trayectoria de una embarcación que navegara a más de veinte millas de la línea costera, por lo que la travesía no fue más que un largo paseo diurno planeando a una velocidad de crucero de algo menos de treinta nudos. El exceso de carga y la necesidad de ahorrar combustible para una eventual huida, recomendaban no acelerar al máximo.

Unas millas antes de entrar en las aguas cubiertas por el radar de las Columbretes, al atardecer, Abdel Azim redujo aún más la velocidad para evitar levantar sospechas, justo antes de bordear el archipiélago a una distancia prudencial por el norte, antes de enfilarse hacia Castellón. La idea era que, en caso de ser detectado por un radar de la Guardia Civil cerca de la costa, se creyera que la

embarcación procedía en realidad del archipiélago, y no de mar abierto. A finales de septiembre, en plena temporada de pesca de túnidos, no resultaría sospechosa una embarcación que regresara al final del día de Columbretes. Ésa era su estrategia. Afortunadamente para él, en las islas el radar era gestionado por los biólogos del Parque Natural, más preocupados por detectar pescadores clandestinos, que contrabandistas.

Abdel Azim dio una última e intensa calada a su cigarro de hachís, antes de lanzar la colilla cuidadosamente por estribor, vigilando que no llegara ninguna chispa a los depósitos de gasolina. La afición por el hachís de los patrones marroquíes había provocado alguna tragedia ocasional, al inflamarse los vapores de gasolina de las malogradas planeadoras.

Levantó de nuevo su rostro hacia la brisa que llegaba por la proa alborotando su cabello corto y moreno. Se sentía bien. Aunque la cantidad de resina que fumó y la calidad de la misma habrían tumbado al más experimentado de los fumadores europeos, a él apenas le causó una agradable sensación de relajación. A sus veintidós años, Abdel Azim no concebía su vida sin el humo de hachís. Recordaba con añoranza su infancia en Tánger, junto al puerto. Los recuerdos de días de pillerías con los niños de la medina se aderezaban ya desde una muy temprana edad con los cigarrillos torpemente liados. Y ni siquiera la brutal paliza que recibió a los doce años de su estricto padre el señor Aljaiatt, un modesto comerciante de especias de la popular *Rue Salah Eddine el Ayoubi*, tras descubrir su oculta afición, pudo separarle del embriagador humo.

Un chapoteo a estribor le sacó bruscamente de sus pensamientos. La sonrisa de su cara desapareció inmediatamente al tiempo que viraba su rostro en la dirección del sonido. Nada. En su campo visual sólo se intuían en la lejanía las luces rojas y blancas de un carguero que avanzaba en dirección oeste, a siete u ocho millas de distancia. Sus tripulantes, con toda seguridad, no habían detectado la presencia del *Nâji*. Navegaba sin luces, casi en silencio. Además, el sonido que acababa de escuchar no podía provenir del carguero, demasiado lejano. Venía de mucho más cerca. Demasiado.

Abdel Azim desplazó hacia abajo la palanca del acelerador y redujo aún más la velocidad, silenciando al máximo los cuatro motores de la planeadora. Entornó los ojos en un vano intento por distinguir alguna silueta en la superficie marina sin resultado. Y maldijo al jefe Mohammed por no haber incorporado un radar a la planeadora. Le hubiese avisado de la presencia de cualquier embarcación que se acercara demasiado. Sus músculos se tensaron y su mano derecha se aferró a la palanca de aceleración. Quizá tuviera que accionarla a fondo para desatar al máximo la potencia de los motores y escapar. Y si eso ocurría tendría muy poco tiempo para zafar la carga y lanzarla por la borda. Con un lastre de tres toneladas tenía pocas oportunidades de escapar de una patrullera de la Guardia Civil.

En aquel momento echó de menos a Ali, el muchacho que le acompañaba ocasionalmente en sus incursiones en territorio español. Con su ayuda hubiese

podido deshacerse de la carga más rápidamente. Aunque sabía que éste era siempre el último recurso. Al jefe Mohammed no le gustaba que su gente regresara sin completar el trabajo. Y menos en aquella ocasión. El árabe maldijo su suerte, sin pronunciar una palabra.

De nuevo las aguas se revolvieron junto a la embarcación. Y una silueta estilizada surgió del mar. La escasa luz de las estrellas se reflejó en un ojo casi humano que por un instante le miró, inquisitivo, antes de desaparecer de nuevo en las profundidades.

La sonrisa volvió al rostro de Abdel Azim. Empujó suavemente la palanca del acelerador, el ronroneo de los motores subió de intensidad y recuperó la velocidad de travesía mientras se intensificaban el número y la frecuencia de chapoteos a babor y también a proa y a estribor. Buscó en los bolsillos de su chaqueta náutica un nuevo gran pedazo de resina. En menos de dos horas, llegaría a su destino y empezaría la acción.

La presencia de delfines, pensó, era sin duda, un buen presagio.

III. MAURICIO, EL NEGRO

El asunto olía mal desde el principio. Al mulato Mauricio Mejía, el colombiano al que todos llamaban *El Negro*, no le gustaba tratar con los marroquíes. Así se lo dijo a El Rubio, su patrón, cuando éste le contó los detalles del trabajo.

-¿Desde cuándo tratamos con *moromierdas*, patrón? –Le dijo impasible El Negro a su jefe.

-Desde que cayeron nuestros socios de Barcelona y no entra coca venezolana, Negro –contestó éste, poniendo fin a la conversación.

Sentía un odio visceral por aquella gente. Había tenido bastante con conocer a un puñado de ellos para detestarlos. Para El Negro no eran de fiar unos tipos que eran capaces de ayunar durante días por sus creencias religiosas y sin embargo fumaban hachís a todas horas. Y además, no entendía nada de lo que decían. Cuando se juntaban dos marroquíes, inmediatamente se ponían a hablar entre ellos en árabe, un idioma que, a El Negro le parecía como una sucesión de sonidos incomprensibles.

-*Virgen María*, ¿estás hablando o escupiendo, *hijo'eputa*? –Le dijo una vez a un gigantesco hombretón con el que coincidió en un bar atrás, justo antes de que éste sacara una navaja automática, lo que le valió al marroquí la limpia rotura del radio y el cúbito del brazo derecho.

En urgencias no habían visto nada igual.

-Me he caído –fue todo lo que explicó el hombretón a los sorprendidos médicos cuando llegó con el antebrazo destrozado.

Odiaba a estos tipos y allí estaba. Metido en una mugrienta furgoneta con tres críos marroquíes. En la playa.

-Al primero que se le ocurra encender un *porro*, lo mato aquí mismo –les dijo a los asustados muchachos mostrándoles su pistola Glock G23 y mirando de reojo las garrafas de gasolina instaladas en la parte trasera de la furgoneta-. A ver si vamos a volar todos por los aires, *gonorreas* –sentenció El Negro mientras exhibía aquella impersonal arma y echaba en falta el tacto de su vieja Walther PPK.

Ninguno de los tres marroquíes se atrevió a emitir un solo sonido. Aquellos chicos, que apenas habían alcanzado la mayoría de edad, tenían claro que cuando El Negro hablaba, era mejor callar. Era evidente que conocían la historia del compatriota que trató de clavarle una navaja al colombiano. Se decía que ahora vivía, tullido, en una alquería abandonada y sobrevivía a base de pequeños robos a prostitutas callejeras.

Mauricio, El Negro, estaba preocupado. Una cosa era organizar la descarga de los trailers procedentes de Barcelona cargados de tretra bricks de zumo de

guayaba venezolana, aderezado con clorhidrato de cocaína boliviana en disolución y partir alguna costilla por encargo del patrón; y otra muy distinta esperar a una planeadora en plena playa del Gurugú de Castellón con una bolsa de dinero a sus pies. El patrón tenía problemas. Desde que la Policía Nacional descubrió el negocio de Barcelona, la coca había dejado de llegar. Y aunque cayó el jefe de allá, a El Rubio no lo habían tocado. Aunque estaba seguro que su nombre había aparecido en las investigaciones. Por precaución, ellos vaciaron a toda prisa la nave del polígono Los Cipreses donde descargaban el zumo venezolano, y lo llenaron de palets de Coca Cola. La empresa de distribución de bebidas que servía de tapadera al verdadero negocio del patrón permitía aquellas maniobras.

Sabiéndose vigilado, el patrón había reenfocado su negocio y decidió tratar con los marroquíes.

–Vamos a vender chocolate, Negro –le dijo El Rubio un buen día tras explicarle el lío de Barcelona–. Y además, pagaremos en metálico, como los buenos –le aclaró.

Pese a que el entramado financiero que tenía organizado le permitía mover grandes cantidades de dinero sin levantar sospechas, sabedor de que estaba en el punto de mira de las autoridades, había preferido asumir riesgos con los marroquíes antes que con la policía española. Tras ofrecer las oportunas garantías, su contacto en Marruecos había aceptado recibir el dinero en metálico.

-Dáselo a nuestro piloto, amigo. Es de confianza.

Así se haría. Enviar los billetes en una travesía directa Castellón - Nador parecía más seguro, que hacer el traslado por carretera.

-En la frontera africana nunca se sabe qué puede ocurrir, Negro –le comentó.

El Negro sabía que aquello era demasiado arriesgado. Y si la cosa salía mal, no podía liarse a tiros allí, en plena playa. Castellón no era Colombia, desde luego. En su Valle del Cauca natal las cosas eran más sencillas.

–Allá si un *man te chinga*, le metes una bala en la sesera y fin del cuento. Y da igual si el tipo es un narco, un policía o la puta de tu hembra. Balazo y *pa'l carajo*. – Solía decir El Negro–. Y tu única preocupación es liquidar al sicario que te enviarán los socios del muerto. A ése lo tienes que matar también –sentenciaba–. Acá finiquitas a un tipo y sales en los *rechingados* periódicos, así no se puede trabajar. –Solía bromear el colombiano.

Añoraba Colombia con todas sus fuerzas. Y le provocaba un profundo dolor saber que nunca podría volver allá. Echaba de menos las relajadas tardes bebiendo cervezas Aguila primero y aguardiente Antioqueño después, entre pase y pase de *merca*, en el popular barrio de San Jerónimo, en su Cartago natal, en el departamento del Valle del Cauca.

Recordaba con nostalgia a su familia. A su anciana madre, de la que heredó sus rasgos africanos que le valieron el apodo de El Negro. Añoraba incluso al viejo gruñón de su padre, un blanquito de origen español al que el aguardiente había matado cuando él tenía apenas diez años. Y echaba en falta a sus hermanos y hermanas que allá quedaron y de los que nada volvería a saber. Pero sobre todo El Negro añoraba a Milena, aquella niña de dulce mirada y lindo cuerpo a la que, con el consentimiento de su familia, puso bajo su protección y bajo su verga cuando ella apenas contaba con quince años, convirtiéndola en mujer. Y dándole dos hijos a los que nunca vería crecer.

-Puede que estén todos muertos –pensaba en ocasiones y una furia contenida le invadía.

Se atormentaba con la idea de que sus actos pudieran haber tenido graves consecuencias para sus seres queridos. Deseaba con todas sus fuerzas que no fuera así, pero era consciente de la fatalidad de su destino. En Colombia no tuvo otra opción, aparte de dejarse asesinar. Tuvo que desaparecer sin remedio y sin dejar rastro. Se marchó de su país para nunca más volver a contactar con los suyos.

Se la jugaron bien, allá. Su patrón de entonces, un despiadado narcotraficante de medio pelo que aspiraba a ser como el antioqueño Pablo Escobar, había decidido hacerse con el control del negocio de la cocaína en el Valle del Cauca. Por ello decidió darle pasaporte a su principal competidor, otro jefe local, tendiendo al mismo tiempo una trampa a El Negro.

Nunca olvidaría aquella fatídica noche en la que abordó temprano, en plena plaza Bolívar de la cercana ciudad de Pereira, el taxi que le habían indicado. Viajaba de paquete en una motocicleta, al más puro estilo del sicariado colombiano. Cuando abrió fuego a bocajarro con su vieja pero fiable Walther PPK de nueve milímetros, haciendo saltar por los aires el cristal y la masa cerebral del único pasajero del asiento trasero, supo inmediatamente que su jefe se la había jugado. Aquél no era un encargo cualquiera. Acababa de matar al Mono y de firmar su sentencia de muerte. Y en consecuencia, él y su familia acabarían en una fosa más pronto que tarde. Tras liquidar al desgraciado que conducía el taxi metiéndole entre ceja y ceja la novena y última bala de su arma, no tuvo dudas.

-Socio, a Bogotá –le dijo al piloto de la motocicleta.

Y de manera inmediata, con lo puesto, El Negro y su compinche enfilaron la subida del puerto de La Línea, rumbo a la capital. Por el camino pensaría cómo liquidar a su compinche, su única conexión con el asunto de Pereira y después, vería cómo conseguir algo de dinero rápido. Más tarde buscaría la manera de salir del país. Tenía que ser así, de improvisado y sin ninguna explicación. Era mejor que ni su familia, ni Milena, volvieran a saber nada de él. Quizás eso les salvaría la vida. Aunque nunca tendría completa certeza de ello.

Sin previo aviso, el teléfono celular vibró primero y emitió un ruidoso pitido después. El Negro cogió de inmediato el aparato y abrió el mensaje SMS que acababa de recibir.

–Ha llegado. Asegura la zona y comienza la operación –decía el conciso texto.

La planeadora estaba cerca del punto convenido. El Negro agarró la bolsa de deporte que tenía a sus pies. Cien mil euros en metálico no iban a quedarse ni un segundo al alcance de aquellos críos.

–Vosotros esperadme aquí, sin respirar siquiera –les dijo a los tres asustados muchachos que le acompañaban mientras salía de la furgoneta, parcialmente oculta tras un montón de arena y una vieja esclusa a la vista de los vehículos que intermitentemente pasaban por la carretera que une el Grao de Castellón con Benicasim, la avenida Ferrandis Salvador-. Voy a recibir a vuestro amigo el *morito* – dijo antes de salir de la furgoneta y cerrar la puerta.

Tras echar un nuevo vistazo a la carretera, a su espalda, y asegurarse de que no había ningún vehículo en los alrededores, avanzó por el suelo arenoso del camino en dirección a la escollera que acotaba por el norte el canal del río Seco por donde llegaría la planeadora. A su izquierda quedaba la vieja acequia, delimitando el camino. El Negro avanzó sigiloso, mirando instintivamente a izquierda y derecha para asegurarse de que no había nadie en los alrededores. Recordó sus primeros años de penurias en España. Malviviendo primero en Madrid, en cualquier rincón, sin dinero, sin recursos. Huyendo sistemáticamente de sus compatriotas colombianos por precaución. Sobreviviendo de manera miserable con algún pequeño hurto que alternaba con algún trabajo detestable por el que conseguía un puñado de euros. Su suerte no cambió hasta que llegó a Castellón, y comenzó a descargar camiones para El Rubio, quien valoró la dedicación y discreción de aquel colombiano solitario y huraño en el que acabó confiando, lo que le llevó finalmente a convertirse en su hombre de confianza para sus negocios tanto legales como ilegales.

Una silueta bamboleante emergió de improviso frente a él. –¿De dónde ha salido este *man*? –pensó-. El Negro se detuvo en seco y desplazó su mano derecha hacia la parte trasera del pantalón, agarrando la culata de su arma. En sus cinco años en España no había tenido que disparar un solo tiro. Tenía el presentimiento que hoy tendría que utilizar su arma al fin. La idea no le gustaba. Aquello no era Colombia.

Definitivamente aquel asunto pintaba mal.

IV. EL SARGENTO ACOSTA

En la Comandancia de la Guardia Civil de Castellón había sido todo un acontecimiento la llegada de la nueva unidad móvil SIVE, siglas de Servicio Integrado de Vigilancia Exterior. El teniente coronel andaba visiblemente satisfecho el día de la llegada del equipo. Acostumbrado a las dificultades que solía pasar a la hora de solicitar recursos al Ministerio del Interior, disponer de un equipo de alta tecnología como aquél era toda una novedad. Los políticos se tomaban muy en serio la vigilancia costera. En los últimos años la llegada de planeadoras y yates con mercancía de contrabando se había intensificado, detectándose fardos de hachís y embarcaciones abandonadas en la costa de Castellón. La presión policial en el estrecho de Gibraltar y en la costa andaluza, había obligado a los narcotraficantes a efectuar sus descargas cada vez más al norte. –Algún día esos tipos desembarcarán el *chocolate* en Saint Tropez –solía decir el máximo responsable de la Guardia Civil.

El SIVE es un sistema de vigilancia costera instalado en un pequeño camión que combina un sistema de radar con un dispositivo de visión optrónica. Estratégicamente instalado en un punto elevado de la costa, y operado correctamente, uno sólo de estos equipos es capaz de controlar cualquier embarcación sospechosa en un radio de veinte millas náuticas. El procedimiento es sencillo: tras localizar un eco inusual en la pantalla del radar, el operario dirige el sistema óptico hacia la embarcación, permitiendo una visión clara de la misma, de sus tripulantes y de sus actividades. El SIVE es especialmente útil durante la noche, porque está dotado de visión infrarroja. –Todo un juguetito –afirmó el teniente coronel tras recibir las oportunas explicaciones técnicas sobre el funcionamiento del nuevo equipamiento.

Tras varias semanas de pruebas y del proceso de formación *in situ* de los cuatro agentes que operarían la unidad SIVE de Castellón, el equipo había sido probado con éxito durante el mes de septiembre. Cuando el mar se encontraba en calma, y había por tanto mayor probabilidad de que llegara una planeadora, se ordenaba la salida de la unidad. Los puntos elegidos para la instalación del SIVE eran normalmente dos, el mirador de Benicasim, en Torre Bellver, o un punto elevado de la sierra de Irta.

Las primeras salidas del SIVE fueron seguidas muy de cerca por el teniente coronel, quien en varias ocasiones acompañó a los dos agentes encargados de realizar el operativo. Tras media docena de salidas, y aunque no se había podido detectar todavía ninguna planeadora con este nuevo equipo, se pudo comprobar sobre el terreno su eficacia. Desde el mirador de Benicasim, podían recibir en plena noche una imagen nítida de una embarcación que se acercara a puerto. Desde la unidad móvil, donde se recibían en tiempo real las imágenes del SIVE, se podía ver con toda nitidez las evoluciones de una pareja haciendo el amor en la proa de un yate de recreo, mientras éste avanzaba con el piloto automático rumbo a puerto. Obviamente, este tipo de observaciones no se realizaban nunca en presencia del teniente coronel.

Tras estas primeras operaciones del SIVE, su actividad entró dentro de la rutina habitual de la Guardia Civil de Castellón, y aunque los compañeros solían preguntar a los operarios por el resultado de cada última operación de vigilancia, el interés general por el sistema decayó.

Aquella agradable noche de finales de septiembre, el parte marítimo anunciaba una calma total para las próximas horas en las aguas de Castellón, lo que multiplicaba la probabilidad de la llegada de lanchas. Por ello se ordenó la salida, un día más, de la unidad. Esta vez se instalaría en Benicasim. A las seis de la tarde, el camión salió de la Comandancia de la Guardia Civil de Castellón. A las siete, con las últimas luces del día, el sistema estaría totalmente operativo. Y durante seis horas, permanecería vigilante.

El sargento de la Guardia Civil de Castellón, Javier Acosta, comenzó su jornada de trabajo poco antes de las siete. A esa hora se reunió en la comandancia con su compañero, un joven guardia llamado Rodríguez de apenas veinte años y mirada todavía asustadiza. Recién licenciado en la Academia de Baeza, el joven guardia se había incorporado al servicio en Castellón hacía pocas semanas. Pese a que Acosta era poco mayor que su compañero, a sus veintiséis años contaba ya con cierta experiencia en el cuerpo y con la confianza de sus superiores.

Tras recoger el equipo en la Brigada de Información las reglamentarias pistolas Heckler & Koch nueve milímetros, chalecos antibalas y subir al vehículo asignado, un Citroën C4 de color azul metálico sin marcas exteriores, se dirigieron hacia Oropesa. Las operaciones de vigilancia costera en las que participaba el SIVE, contaban necesariamente con el apoyo de un operativo en tierra y mar. En tierra, coincidiendo con el horario de actividad de la unidad se movilizaba, además de los agentes de servicio habituales, una unidad específica de paisano, que sería la primera en intervenir en la costa en caso de un desembarco de droga. Ésta sería la misión del sargento Acosta. En mar, la patrullera de la Guardia Civil, con base en el puerto de Castellón, estaría alerta por si se necesitara su intervención.

No era casualidad que Acosta, pese a su juventud, hubiese sido asignado a este operativo. Tras la llegada del SIVE se ofreció inmediatamente voluntario para las misiones de intercepción en tierra. Su entusiasmo y las buenas referencias de sus primeros años de servicio, convencieron inmediatamente al teniente coronel, quien sabía valorar el empuje de las nuevas generaciones.

El joven Javier Acosta, ya en su infancia en su Córdoba natal, se sentía fascinado por aquellos hombres uniformados que se encontraba ocasionalmente. Una emoción especial le invadía cuando, puntualmente, el coche de su padre se detenía ante el requerimiento de un agente de la Guardia Civil de Tráfico. Mientras su padre murmuraba alguna maldición incomprensible para él, el niño Acosta fantaseaba con vestir algún día un uniforme verde y vivir emocionantes aventuras.

-Papa, de mayor quiero ser Guardia Civil –dijo una vez tras un control de carreteras.

-Nos ha *jodido* el niño –le respondió su padre justo antes de ser reprendido por su esposa.

La vocación de Acosta se veía de lejos. Por ello, tras cuatro tranquilos años de servicio como guardia raso en un pequeño cuartel rural de Almería, sus superiores le animaron a seguir su carrera. Aunque el grado no le preocupaba demasiado, dedicó dos años a ascender a sargento, tras lo cual, solicitó el traslado a Castellón, donde existían plazas vacantes. Quería acción y pensó que en la costa mediterránea la podría encontrar. La llegada del SIVE era una oportunidad para él.

-¿Todo tranquilo por ahí, Fernández? –preguntó Acosta a través de la radio, dirigiéndose al operador del SIVE.

-Sin novedad, mi sargento, tenemos varias embarcaciones dirigiéndose a los puertos de Castellón y Oropesa –respondió la voz a través de la radio–. Hay más tráfico del habitual, pero nada sospechoso.

-Recibido –respondió Acosta, ocultando su frustración por la falta de acción–. Nos dirigimos al Náutico de Oropesa. Estaremos por las inmediaciones. Corto y cierro.

La playa de la Concha de Oropesa, con sus aguas en total calma, invitaba a la relajación. En el paseo, por donde circulaban los agentes de paisano, se veían ya pocos vehículos. La temporada de verano había terminado y la mayoría de los turistas habían regresado ya a sus puntos de origen.

El Citroën C4, siguió avanzando despacio en dirección sur, ascendiendo por la serpenteante carretera que lleva primero al Puerto Deportivo de Oropesa y a La Renegá después. A su derecha, en la cala del Retor, se intuía en la semioscuridad el dulce movimiento del agua lamiendo la fina arena.

- Esto está muy tranquilo, Rodríguez –dijo Acosta a su compañero

- Sí, mi sargento, así es.

- Demasiado tranquilo –dijo Acosta–, demasiado...

El sargento Acosta, se equivocaba al pensar que aquella sería una noche sin incidencias destacables.

V. IONEL

El dolor en el cráneo era insoportable. Pero lo peor era la desorientación. No sabía dónde estaba, qué había pasado, ni quién era aquel tipo inmóvil a pocos metros frente a él. Trató de incorporarse al tiempo que entornaba los ojos para tratar de distinguir los rasgos de aquella silueta oscura que se recortaba contra el fondo levemente iluminado por la luz de una farola, unos metros más allá.

Sin embargo su experiencia en mil y una trifulcas portuarias había agudizado su capacidad de observación. Era evidente que aquel tipo iba armado. ¿Por qué si no iba a tener su brazo derecho en la espalda? –No será por el lumbago –pensó. No entendía, eso sí, por qué llevaba lo que parecía una bolsa de deporte colgando de su hombro izquierdo.

Su mente se aclaró, recordando de pronto los últimos acontecimientos. Había despertado pasado el mediodía con una insoportable resaca, como casi siempre, en su diminuto y mugriento camarote del *New Potemkin*, el mercante de bandera ucraniana que moría amarrado en el puerto de Castellón. Desde que las autoridades habían ordenado la inmovilización del buque dos meses atrás, por irregularidades en la documentación, su vida se había convertido en un círculo vicioso. Después de la huida del capitán del carguero, un ruso despótico a cuyas órdenes había trabajado durante dos interminables años, la tripulación fue poco a poco abandonando el barco. Sin trabajo, sin salario y con las últimas mensualidades pendientes, los marineros, uno a uno, habían ido perdiendo toda esperanza de que la naviera resolviera su situación. Habían decidido intentar salvarse ellos mismos, tratando de regresar por sus propios medios a sus países de origen. Sólo él había decidido quedarse en el viejo barco, a la espera de una solución que, probablemente, nunca llegaría. Y lo hizo porque no tenía dónde ir.

Ionel Blaga, que así se llamaba, dejó años atrás la región de Arad, en el interior de Rumanía, donde nació y malvivió su juventud, para buscar una vida mejor en Bucarest. Su trabajo de varios meses como peón de albañil en la floreciente industria de la construcción de la capital rumana, terminó de pronto cuando una pelea en un bar acabó con la intervención de la policía y el despido de Ionel. Decidió entonces trasladarse a la costa del mar Negro para enrolarse en la marina mercante. Sabía que rusos y ucranianos buscaban marineros en el puerto de Constanza; pagaban bien y no hacían muchas preguntas.

No le fue difícil contactar con uno de los empleadores que reclutaban personal en la zona. Trabajaría con uno de los buques de la compañía Odesa Maritime Services, con sede en el puerto del mismo nombre, en la vecina Ucrania. Durante dos años se embarcó en el *New Potemkin*. Un carguero de ciento ochenta metros de eslora y veintisiete mil toneladas que hacía la ruta Castellón–Odesa, transportando azulejos en un sentido y materias primas en otro. Dos semanas de monótona navegación, una semana de descanso en Castellón o en Odesa gastando en prostitutas y alcohol el dinero ganado, y vuelta a empezar. Ésa fue su vida

durante los dos últimos años. Hasta el incidente con las autoridades españolas y la inmovilización del mercante.

Ionel y el desconocido se observaron mutuamente durante un eterno minuto. Ambos estaban desconcertados por la presencia del otro y evaluaban la peligrosidad de la situación. Unos metros más atrás, en el interior de la furgoneta, tres pares de ojos asustados se pegaban a los cristales observando la escena sin saber cómo reaccionar.

La mente de Ionel comenzaba poco a poco a funcionar. Y recordó como tras pescar una lisa desde la cubierta del *New Potemkin* con un sedal y asarla en la sucia cocina del buque, antes de comerla ignorando su característico sabor a fuel oil, salió como cada día a buscar el alcohol que su cuerpo reclamaba con furia. Sus pequeños ahorros se estaban agotando. La angustia que esto le producía, no hacía más que acrecentar su necesidad de ahogar su mísera vida en la bebida. Hacía varios días que había encontrado un mugriento bar en el Grao, muy cerca del puerto, en el que le vendían por diez euros una botella de un vodka de destilación española de bajísima calidad, alta graduación y horribles resacas. No necesitaba gastar más para sobrevivir. El pescado del puerto, las latas de conserva de la bodega del buque y su sucio camarote, no tenían coste alguno para él. Sólo debía pagar el alcohol. Y pronto ni siquiera tendría dinero para eso. Su situación se tornaba desesperada por momentos.

Ionel bebía normalmente solo. Se sentaba en una de las cuatro mesitas del barucho, abría la botella de vodka, pedía un vaso y bebía uno tras otro pequeños sorbos del licor, como quien degusta un selecto *whisky* escocés. En realidad lo bebía lentamente no por su sabor, sino porque sabía que no podía permitirse más de una botella al día. Tenía que hacerla durar al menos hasta el atardecer, momento en que estaría lo suficientemente borracho como para regresar tambaleante al *New Potemkin*, esperar el nuevo día y la nueva resaca.

Sin embargo aquel día había sido diferente. Cuando llegó al bar, otros dos rumanos bebían cervezas en una de las mesas, casi siempre vacías. Animados por el alcohol los desconocidos entablaron conversación con Ionel invitándole finalmente a acompañarles. Así pudo el rumano beber una cerveza fría, un lujo últimamente inalcanzable para él, a cambio de compartir unos cuantos tragos de su botella con los desconocidos.

La conversación versó sobre la añoranza que los tres tenían de su país, de sus paisajes, de sus familias. Y de mujeres. Los tres borrachos proclamaron a los cuatro vientos su desprecio hacia las mujeres españolas quienes rechazaban sistemáticamente cualquier intento de conquista por parte de ellos.

-Esas putas no saben valorar una buena polla rumana –dijo uno de los desconocidos agarrándose la entrepierna con una mano y levantando su cerveza con la otra. Los tres brindaron.

Caída la tarde, Ionel había comprado ya la segunda botella de vodka del día y el estado de los tres hombres era de euforia no contenida. El propietario y único empleado del bar, un veterano pescador de origen andaluz ya retirado por la falta de trabajo en los arrastreros, era normalmente permisivo con los excesos de su estrafalaria parroquia. Sin embargo hoy se había hartado ya de sus gritos e impropiedades y acabó echando a los tres. –Id a gritar a la puta calle, joder –les gruñó de pie frente a ellos con los brazos en jarra. Una cosa era tener a un rumano tragando vodka barato en silencio y la otra tener a tres tipos armando un escándalo y profiriendo groserías.

-Vámonos de putas –propuso balbuceante uno de los hombres-. Y a ti, que te jodan –le dijo al propietario del bar elevando su dedo corazón hacia el cielo.

Ionel, bastante más borracho de lo habitual, buscó su raída cartera en el bolsillo y la abrió. Llevaba siempre encima todo su dinero, unos ciento cincuenta euros, contó.

-Vamos –dijo Ionel tomando una decisión de la que probablemente se arrepentiría a la mañana siguiente, mientras los otros dos hombres miraban con atención el contenido de su cartera.

Dicho y hecho. Los tres hombres subieron a un destartado Toyota Célida GT de 1976 y enfilaron zigzagueantes la avenida Ferrandis Salvador en dirección a Benicasim, mientras anocheecía.

-Conozco un club donde tienen las mejores putas rumanas de Castellón –dijo uno de los nuevos amigos de Ionel.

Éste se limitó a asentir recordando que su última experiencia sexual fue hacía tres semanas. Costó cinco euros y tuvo lugar bajo un naranjo en el camino Caminás, lugar donde las prostitutas nigerianas ofrecían sus servicios al grito de «Chupar diez euros, follar veinte». Tan miserable era Ionel, que la sudorosa nigeriana que le atendió que se había apiadado de él y aceptado realizar el servicio por la mitad de precio. Puede que estuviera más desesperada que él.

El desconocido seguía frente a Ionel, inmóvil. Con el brazo derecho fijo en la espalda. La escasa luz que llegaba desde atrás contribuía a darle un aspecto fantasmal y un tanto misterioso. Aquello podía ponerse peligroso.

-Hola, amigo –dijo Ionel con su marcado acento rumano mientras trataba de localizar inútilmente su navaja automática en el bolsillo del pantalón-. ¿Nos conocemos? –Su cartera tampoco estaba en su lugar. Ahora lo comprendía: los dos rumanos le habían golpeado y robado camino del club de Benicasim. Por lo visto le habían abandonado en algún lugar de la playa, inconsciente.

-Yo de ti dejaría las manos donde pueda verlas, *hijoe'puta* –respondió impasible El Negro manteniendo la mano a la espalda y empuñando su Glock–; y hazlo muy, muy despacito, *man*.

Ionel decidió obedecer. Aquel tipo no parecía de los que se andaban con bromas.

Definitivamente aquél no era su día de suerte.

VI. EL PLAN

Si iban a introducirse en el negocio de la importación de hachís de Marruecos en Castellón, debían hacerlo bien, evitando los errores en los que otros habían incurrido en el pasado. El Rubio, el narcotraficante local que ocultaba sus ilícitas actividades utilizando como tapadera una empresa de distribución de bebidas, no era un tipo que dejara nada al azar. Había estudiado concienzudamente las noticias de detenciones de alijos de los últimos años, tratando de descubrir cuáles habían sido los errores de los narcos para intentar evitarlos y minimizar así la probabilidad de que éste, su primer cargamento de resina marroquí, fuera interceptado. Necesitaba tener ingresos rápidos con los que mantener su tinglado empresarial y su vertiginoso tren de vida, que incluía fiestas privadas en lujosos chalets donde la mejor cocaína colombiana, el mejor champagne francés y las mejores mujeres que pudieran pagarse con dinero no faltaban a ninguno de sus ilustres invitados. Políticos y empresarios eran habituales de las fiestas privadas de El Rubio, y ello le daba cierta posición social en la ciudad. Debía planificar esta operación a conciencia. Ninguno de sus contactos vería con buenos ojos que su amigo Ximo, el verdadero nombre de El Rubio, fuera responsable de la llegada de hachís a Castellón.

El principal problema que tenía que solucionar era elegir el lugar donde efectuar la descarga. Normalmente se realizaban estas operaciones en franjas deshabitadas de la costa. Y en la provincia de Castellón estas zonas eran dos: la sierra de Irta, en el norte, y La Renegá, más al sur. El problema de estas dos zonas es que eran cuellos de botella que podían ser bloqueados fácilmente por la Guardia Civil. Las calas de la sierra de Irta tenían únicamente dos puntos de salida, uno en Peñíscola y otro al sur, en Alcossebre. En La Renegá el problema era todavía mayor, ya que el acceso a los puntos donde se podía desembarcar era un estrecho túnel bajo el viejo curso de la vía del tren. En ambos casos, con una o dos patrullas de la Guardia Civil, se podía bloquear sin riesgos un vehículo, aunque los hombres implicados pudieran escapar con facilidad monte a través. El Rubio no estaba dispuesto a perder la carga. Eso no iba a pasar.

El patrón de El Negro había tenido finalmente una idea ingeniosa. Su planeadora no iba a desembarcar en los lugares habituales. Elegirían un lugar más desprotegido de la costa, lo que supondría un factor sorpresa que despistaría a la Guardia Civil y ganarían un tiempo precioso para desembarcar la carga. El Rubio en persona, convenientemente camuflado con sus inseparables Ray-Ban, y acompañado por su hombre de confianza, Mauricio El Negro, recorrieron durante días palmo a palmo la costa de Castellón desde Almenara hasta Vinaroz, buscando el lugar idóneo para realizar la operación. Debía ser un lugar de fácil acceso y con varias vías de escape, no excesivamente poblado, y que ofreciera la posibilidad de ocultar la planeadora de miradas no deseadas. Preferentemente, también debía ser cercano a uno de los puertos deportivos de la provincia, pues evitaría que el rumbo de la planeadora despertara sospechas en los radares.

La desembocadura del río Seco, en el extremo norte del aeródromo del Grao de Castellón, en la playa del Gurugú, era el lugar perfecto. Lo habían tenido delante de sus ojos desde el primer momento y no habían sido capaces de darse cuenta de su idoneidad. La Guardia Civil no esperaba que la llegada de una planeadora se produjera en un lugar como éste que, sin embargo, tenía todas las cualidades que la operación requería. Era muy cercano al puerto de Castellón, por lo que hasta las últimas dos millas de navegación, la planeadora seguiría una ruta obvia y concurrida. No había apenas viviendas desde la que pudiera observarse la operación, ya que los terrenos estaban mayoritariamente ocupados por el aeródromo. Ofrecía además la posibilidad de ocultar totalmente la planeadora si se introducía unos doscientos metros por el cauce del río, hasta llegar al puente bajo la avenida Ferrandis Salvador, vía que une el Grao de Castellón con Benicasim por la costa. Oculta la embarcación bajo el puente, podría aparcarse una furgoneta en un pequeño camino arenoso, en la margen norte del río, a apenas cinco metros de la planeadora. La furgoneta quedaría además parcialmente oculta para los vehículos que pudieran pasar por la carretera a través de una vieja esclusa y un montículo de arena estratégicamente situado. Y además, desde el punto de desembarco, ofrecía tres vías de escape: la propia carretera en cualquiera de sus dos direcciones y el camino de La Mota, que discurre paralelo a la margen sur del río en dirección este.

El lugar era perfecto para desarrollar la operación, o casi. Había dos claros inconvenientes. Uno de ellos era el tránsito de la avenida Ferrandis Salvador. Pese a que a finales de septiembre la afluencia de vehículos es mucho menor que en verano, cuando el paso de automóviles es constante. Era necesario organizar un dispositivo de vigilancia para interrumpir la operación cada vez que fuera necesario. La existencia de un semáforo exactamente situado junto al punto de desembarco, era un problema añadido. Lo desconectarían, al igual que la farola del puente más cercana al punto donde se desarrollaría la operación. Por otra parte, el escaso calado del canal de desembocadura del río, apenas medio metro, haría lenta y trabajosa la entrada y salida de la planeadora. Y ése sería el momento en que más fácilmente podrían ser detectados. Al Rubio le preocupaba el momento de la entrada de la planeadora, demasiado visible desde la carretera. La salida no le preocupaba. Sabía que en esas condiciones, no sería posible una huida rápida en caso de problemas. Poco importaba si la embarcación era capturada una vez el alijo había sido descargado ya y sus hombres habían podido escapar con él.

-Al *moro* por mí lo pueden freír a tiros siempre que haya entregado antes el *chocolate* –le dijo El Rubio a su hombre de confianza cuando le explicó los detalles del plan.– Y si lo matan antes que le entregues el dinero, mucho mejor, Negro –sugirió.

Cuando se trataba de negocios, El Rubio no se andaba con contemplaciones.

VII. LA PLAYA

No empieza bien este *rechingado* negocio –pensó el colombiano Mauricio El Negro. –Además de tener que tratar con *moromierdas*, me las tengo que ver con borrachos entrometidos.

La aparición de aquel hombre desaliñado, que apestaba a alcohol barato, con la frente abierta por lo que parecía un golpe reciente, era una complicación añadida a la operación. Por un instante valoró la posibilidad de reventarle los sesos con una bala de su Glock. En sus tiempos de sicario en Colombia no hubiese dudado un instante. Pero aquí, en España, las cosas eran muy diferentes.

–Que no haya lío, Negro –le pidió su patrón antes del inicio de la operación. – No la jodamos.

No era buena idea matarlo. Pero tampoco podía dejarlo marcharlo sin más. Aunque aquel tipo no parecía de los que irían directos a la comisaría más próxima, no podía correr riesgos. Debía pensar qué hacer con él. Y rápido.

–¿De dónde eres tú? –le preguntó El Negro, con su inalterable tono de voz.

–Soy ru... rumano –respondió Ionel, dubitativo.

–Lo que me faltaba, un apestoso borracho rumano –dijo irónico El Negro-.
Bienvenido a mi fiesta.

Aquello no parecía una fiesta, desde luego, pensó Ionel. Y pese a lo comprometido de su situación, no pudo evitar pensar en sus dos compañeros de correrías y en la fiesta que estarían celebrando en algún club de alterne con sus últimos billetes. En aquel momento hubiese deseado estar con ellos y no con aquel tipo sudamericano que le infundía terror.

–Mira, *hijo’eputa* gonorra –dijo El Negro levantando su mano derecha y mostrando al fin su arma y dirigiéndola a la cabeza del rumano- has tenido la mala suerte de venir a dormir el *guayabo* donde no debías.

–¡No me mate, amigo! ¡No me mate! –imploró Ionel presa del pánico.

–¿Por qué no debería matarte ahora mismo, *man*? –le dijo El Negro quitando el seguro de su Glock. –Sólo eres un borracho de mierda.

–No diré nada, amigo. Yo no veo nada –rogó el rumano.

Eso era exactamente lo que quería oír El Negro. Sabía que aquel hombre no tenía donde caerse muerto y que lo último que quería era tener problemas. Por la cuenta que le traía, el rumano olvidaría rápidamente lo que pudiera ver u oír aquella noche. Sabía que lo haría. Como mucho contaría la anécdota en medio de alguna de sus borracheras, pero nadie le creería.

–Vamos a hacer un trato, *hijo’eputa* –dijo El Negro sin dejar de apuntar a Ionel con la Glock, tras un rápido vistazo a la carretera por si aparecía un vehículo y

tenía que esconder el arma—. Aquí vamos a tener una pequeña fiesta y acabas de ser invitado –siguió el colombiano-. ¿Ves esa franja de arena, ahí abajo? –dijo señalando al interior del canal, a pocos metros de la furgoneta, hacia el mar—. Te vas a sentar ahí, *paradito*, donde yo te vea. Sin moverte ni un milímetro hasta que esto acabe. Si eres bueno, me iré y tú saldrás vivo. Si intentas algo, morirás hoy. ¿Entendiste? –sentenció el colombiano sin variar un ápice su tono de voz.

Ionel entendió el mensaje. Pese a su escasa comprensión del castellano, el discurso de aquel tipo armado le resultó claro como el agua. Asintió en señal de conformidad, sabedor de que la única opción que tenía de sobrevivir era acatar a rajatabla las órdenes recibidas. En su estado no podía plantearse intentar escapar. Era hombre muerto si lo intentaba y lo sabía. Además, el lugar donde el colombiano le ordenó que se quedara era una ratonera. Antes de poder escapar, tendría que subir una de las márgenes del río, y sería blanco fácil para la Glock.

-Hágalo pues, camina a tu sitio –sentenció, mientras Ionel obedecía, salvando trabajosamente la pendiente que separaba el camino del cauce del río.

La carretera seguía desierta. Afortunadamente para El Negro, ningún vehículo pasó por la avenida en el momento del incidente con el rumano. Aunque la noche sin luna y las dos farolas debidamente inutilizadas el día anterior habían dejado la zona en penumbra, el riesgo de ser descubierto pistola en mano por un conductor que pasara casualmente, era real.

Mientras Ionel se sentaba instalaba sobre la arena seca, junto al curso del río, El Negro, sin dejar de vigilarlo desde la distancia, se acercó al vehículo y habló a sus tres acompañantes.

-Tú, como te llames –dijo El Negro señalando a uno de los marroquíes-, te quiero sobre el puente vigilando la carretera. En cuanto veas aparecer las luces de un coche en la distancia, das un silbido y te escondes detrás de la furgoneta. ¿Sabes silbar *moromierda*?

-Sé silbar, señor –dijo el chico visiblemente asustado.

-A ver, demuéstremelo.

El muchacho llevó sus dedos pulgar e índice a sus labios y emitió un potente silbido.

-Muy bien, premio para el *morito* –bromeó con el marroquí.

-Mustafá, señor, me llamo Mustafá.

-Por mí como si eres el jodido Hassan II en persona, a tu sitio. ¡Ya! –dijo El Negro mientras el muchacho obedecía.

El Negro miró en dirección al mar. Junto al curso de agua, sentado y observando la escena con resignada curiosidad, seguía Ionel. Todo en orden.

-Comienza la fiesta –pensó El Negro mientras extraía de la guantera de la furgoneta el teléfono vía satélite con el que contactaría con el patrón de la planeadora.

Marcó un número, esperó unos segundos y habló –Adelante, dirígete a las coordenadas previstas –dijo a través del auricular-. Mantenemos la comunicación y si te aviso, paras motores inmediatamente. Hagamos esto rápido y bien.

Abdel Azim, el piloto de la planeadora, había estado veinte minutos detenido en total silencio y oscuridad a menos de media milla de la desembocadura del río Seco, tras marcar en el GPS el punto exacto de su destino. Antes, a una milla de la bocana del puerto de Castellón, había variado su rumbo dirigiéndose al noroeste. Confiaba en que la maniobra, realizada a baja velocidad, hubiese pasado desapercibida para un hipotético operador de una pantalla de radar. Con los motores detenidos, frente al canal del río, la embarcación no debería levantar sospechas. Aquél era un punto habitual donde los pescadores deportivos se detenían para probar su suerte con las lubinas que poblaban la zona.

Tras recibir la esperada llamada telefónica, Abdel Azim inició la maniobra de entrada en el canal. Avanzó a dos nudos primero, enfilando la boca del río, delimitado por dos escolleras rocosas. Enseguida divisó claramente el perfil del puente parcialmente iluminado. Justo cuando la embarcación alcanzaba la escollera norte, la que más se adentraba en el mar, redujo las revoluciones de los motores al mínimo. La embarcación aminoró poco a poco su velocidad, hasta avanzar a apenas medio nudo. El marroquí aprovechó el momento en que acaba de cruzar la suave rompiente, en la bocana del canal, para accionar la palanca que controlaba el ángulo de ataque de los motores, subiendo los mismos hasta el punto justo en que sólo la parte inferior de las hélices estuviera sumergida, proporcionando así una mínima potencia de avance, pero reduciendo al mínimo el calado de la embarcación. Sabía que había muy poco fondo dentro del río.

La planeadora a la que todos llamaban *Nâji*, se introdujo silenciosa y oculta por la casi total oscuridad en el canal, vigilada desde la ribera norte del mismo, por El Negro y pasando junto a un sorprendido Ionel, quien seguía sentado en la arena, inmóvil y asustado.

Un estridente silbido rompió el silencio de la noche.

-Apaga motores –dijo inmediatamente El Negro a través del teléfono móvil.

El marroquí lo hizo inmediatamente. Y los motores de la planeadora se silenciaron totalmente mientras la embarcación avanzaba suavemente empujada por la inercia.

Un Renault Clio blanco cruzó sin detenerse de norte a sur el puente de la avenida Ferrandis Salvador. Demasiado rápido como para distinguir la silueta de

la embarcación en el centro del canal. El semáforo había sido desconectado media hora antes por El Negro, por lo que no iba a detenerse allí.

El coche se alejó y con él, el sonido de su motor. Y después, volvió el silencio.

-Adelante, sigue avanzando –ordenó el colombiano a través del teléfono.

Los mil caballos de los cuatro fuera borda ronronearon y la *Nâji* reanudó su lenta marcha. Cien metros más y estaría bajo el puente, oculta a la vista.

-Vosotros, agarrad dos garrafas de gasolina cada uno y bajad por el terraplén –dijo El Negro a los muchachos que permanecían todavía en el interior de la furgoneta cuando la embarcación estuvo a pocos metros de distancia.

La planeadora entró suavemente bajo el puente junto a la margen norte del río. No había tiempo para saludos. El piloto accionó la palanca de zafado rápido de la carga y soltó los enganches. Los marroquíes saltaron al interior de la embarcación, soltaron las garrafas de gasolina que portaban y empezaron a descargar uno a uno los fardos de treinta kilos de resina de hachís bajo la atenta mirada de El Negro. Agarraban uno de los fardos, trepaban como gamos por el desnivel arenoso, caminaban treinta metros sobre la arena y llegaban a la parte trasera de la furgoneta donde los iban depositando, uno a uno. Cargaban con dos garrafas de gasolina en cada viaje y repetían la operación.

-¿Tiene mi dinero, señor? –preguntó Abdel Azim al colombiano, entendiéndolo que era quien estaba al mando.

-Aquí está –dijo el Negro dejando ver la bolsa de deporte negra que colgaba sobre su hombro izquierdo.

-¿Puedo verlo? –preguntó dubitativo el marroquí.

-Todo a su tiempo, amigo. Todo a su tiempo –respondió el colombiano con su impasible tono de voz.

Abdel Azim aceptó como buena la respuesta del colombiano y siguió estibando las garrafas de gasolina llenas, lanzando por la borda las vacías. Su trabajo era patronear la planeadora y transportar mercancías, no cobrar facturas. El tener que recibir el dinero en aquella operación, le incomodaba. Por eso se aplicó a fondo en operación de carga y descarga para poder salir de allí cuanto antes. Sabía que la salida del canal sería una operación complicada. Eso le preocupaba bastante más que recibir el dinero de manos de aquel siniestro tipo.

El Citroën C4 blanco, sin marcas exteriores, conducido por los guardias civiles de paisano Rodríguez y Acosta descendía las cuestas de Oropesa en dirección a Benicasim dejando atrás La Renegá. Unos minutos antes, mientras seguían su rutinaria ronda, habían recibido un aviso de la unidad móvil del Servicio de Vigilancia Exterior, el SIVE, que vigilaba las costas de Oropesa, Benicasim y Castellón desde lo alto del mirador de Torre Bellver. En la pantalla de radar, el

operador había seguido una embarcación que había realizado una extraña maniobra. Durante un tiempo habían observado ecos de radar que representaban a varias embarcaciones dirigiéndose al puerto de Castellón. Una de ellas, a una milla escasa de la bocana, había variado su rumbo. Normalmente, el operador del SIVE hubiese dirigido inmediatamente su sistema de visión nocturna hacia la embarcación para identificarla. Sin embargo, otra embarcación había atraído la atención del guardia. Y mientras éste permanecía atento a este nuevo punto de interés, que resultó ser identificado como la embarcación *Halcón*, con base en Oropesa, la primera nave había quedado inmóvil frente a la costa, muy cerca de la desembocadura del río Seco.

—Éste no ha conseguido pescar ninguna bacoreta y está probando suerte con las lubinas —pensó enseguida el operador del SIVE. Por lo que su atención decayó.

Sin embargo, unos minutos después, el eco de esta embarcación había desaparecido de la pantalla. El agente pensó que había desembarcado en la costa. Sin embargo, y pese a barrer la zona con el sistema de visión, no la había localizado. Por esta razón, había dado aviso a los agentes de paisano que apoyaban el operativo.

—Mi sargento, sería buena idea darse una vuelta por la zona, por si existe alguna actividad sospechosa. —Acosta y su compañero habían recibido y aceptado la sugerencia.

La descarga de los fardos de hachís de la planeadora era un proceso lento. Por más afán que los marroquíes se dieran en el trabajo, la necesidad de transportar los bloques de resina uno a uno, ralentizaba la operación.

-Venga, venga, muévanse —dijo El Negro, impacientándose, aunque sin variar un ápice el tono pausado de su voz—. No tenemos toda la noche.

Abdel Azim refunfuño una maldición en árabe, que el colombiano ignoró, mientras seguía cargando los fardos y pasándolos a los afanosos muchachos que seguían subiéndolos por la pendiente arenosa y avanzando hasta la furgoneta, aparcada junto al canal del río, para sustituirlos por garrafas de gasolina.

De nuevo sonó un estridente silbido, emitido por el vigía. Se acercaba un vehículo. Era ya la sexta vez que el vigía avisaba de la cercanía de un automóvil.

Abdel Azim se agazapó en la planeadora. Los dos porteadores bajaron por el terraplén ocultándose bajo el puente, junto a la embarcación. El Negro y el vigía se parapetaron tras la furgoneta, ocultos a la vista del vehículo que iba a pasar sobre el puente, en dirección al Grao. Todos guardaron un sepulcral silencio mientras un Citroën C4 blanco se acercaba.

El sargento Acosta vigilaba desde su incómoda posición de copiloto, el mar, a su derecha. La vegetación y la iluminación del paseo marítimo dificultaban la visión

de la costa. Pocas semanas atrás, aquella zona de la playa del Gurugú de Castellón, había sido un hervidero de gente en busca de diversión en alguno de los tres bares instalados sobre la arena. Ahora, a finales de septiembre, la temporada de verano había terminado ya y la zona estaba prácticamente desierta. Apenas se cruzaron con un par de coches. Y no había rastro de ninguna embarcación en los alrededores, con excepción de los cargueros cuyas luces se divisaban en la lejanía, algunas millas mar adentro. Aquello estaba tranquilo. Demasiado.

Estaban llegando desde el norte al puente sobre el río Seco. Le llamó la atención que el semáforo estaba estropeado. Y también dos de las farolas. –Habrá que avisar mañana al ayuntamiento, Rodríguez. Que arreglen esto –dijo mientras el Citroën pasaba sobre el puente, justo un segundo antes de divisar fugazmente la furgoneta blanca semioculta en el camino junto al canal.

-Coño, Rodríguez, ¿has visto eso? Ahí hay un vehículo.

-¿Nos detenemos, mi sargento? –dijo el guardia.

-No, no... Mejor sigue. Vamos hasta la rotonda y luego regresamos por el camino La Mota –dijo Acosta-. Si... está pasando algo, lo veremos desde allí –afirmó mientras pasaban frente al aeródromo a su derecha.

El Negro, oculto tras la furgoneta, veía alejarse el Citroën dirección al Grao. Le preocupaba la velocidad del vehículo, demasiado lenta. Había intuido dos personas dentro del vehículo. ¿Una pareja de la Guardia Civil? Ya sería mala suerte, pensó. Y sintió deseos de alejarse cuanto antes de allí.

–Venga, sigamos. Acabemos de una vez –dijo sin poder ocultar ya su nerviosismo.

El vehículo de los dos agentes siguió en dirección sur por la avenida Ferrandis Salvador, giró luego al oeste por el camino de La Plana y después al norte de nuevo, por el Serradal. Al llegar de nuevo al canal del río Seco, y tras apagar las luces del mismo, giraron a la derecha, dirigiéndose muy lentamente hacia la desembocadura del mismo. Recorrido la mitad del camino, Acosta pidió a su compañero que se detuviera.

-Detente aquí –dijo Acosta a apenas trescientos metros de la avenida Ferrandis Salvador-. Vamos a acercarnos a pie. Ponte el chaleco, Rodríguez –dijo sin poder ocultar la emoción que sentía-. Y hazlo en silencio.

Los dos guardias civiles avanzaron agazapados junto al quitamiedos por la margen sur del canal, dejando el aeródromo a su derecha, hacia el punto donde habían detectado la presencia de la furgoneta. El sargento Acosta avanzaba en primer lugar, seguido de un asustado Rodríguez.

-¡Sshhhh! –susurró Acosta cuando apenas le separaban ciento cincuenta metros del puente y del vehículo sospechoso que no podían divisar desde su posición. Ambos se detuvieron.

Las farolas apagadas apenas permitían distinguir qué estaba ocurriendo en el lugar. El contraste de la zona parcialmente oscurecida con la luz brillante de las farolas que permanecían encendidas dificultaba la visibilidad de la escena.

Pese a la falta de luz, Acosta distinguió perfectamente a un hombre junto a la carretera, en actitud vigilante. Y movimiento a su espalda. Había más personas. Allí estaba ocurriendo algo. También intuyó movimiento bajo el puente, en su margen norte.

-Rodríguez, vuelva al coche y pida refuerzos. Voy a echar un vistazo más de cerca –dijo el sargento Acosta susurrando pero sin poder contener su excitación.

VIII. CRUCE DE CAMINOS

El sargento Acosta no tenía una visión clara de la escena, pero intuía que, fuera lo que fuera lo que aquellos tipos se llevaban entre manos, se habían tomado muchas molestias para pasar desapercibidos. Además de la furgoneta semioculta junto al canal y de las personas que se movían tras ella, se fijó en una silueta bajo el puente. No podía distinguir qué era y decidió comprobarlo de cerca. Aprovechó un instante en que el vigilante se refugió, tras emitir un sonoro silbido, para cruzar a la carrera la estrecha carretera junto al canal y deslizarse por la pendiente rocosa hasta el lecho del río Seco, sin agua y rocoso en la margen izquierda. Un sonido de motor se escuchó sobre el puente, tras él, el graznido de un ave nocturna.

Acosta no podía creer lo que estaba viendo. Desde su nuevo punto de observación, ya en el cauce del río, distinguió claramente la silueta de una embarcación neumática, oculta bajo el puente. Invisible desde la carretera. Junto a ella, varias personas se afanaban en descargar voluminosos paquetes que subían trabajosamente por la margen arenosa, perdiéndose de vista inmediatamente. Era obvio que transportaban los fardos hasta la furgoneta.

-Rodríguez, parece que tenemos una planeadora. –Murmuró pulsando el botón de su radiotransmisor.- Dé aviso a la patrullera. Que venga aquí cagando leches.

Acosta silenció su radiotransmisor. No podía arriesgarse a ser descubierto. Sigilosamente, avanzó por entre las rocas del cauce del río hasta llegar a un punto donde las piedras dejaban paso a la arena fangosa. Caminó trabajosamente por ella, en silencio, tratando de no ser descubierto, hasta alcanzar una discreta posición tras un matorral. Desde allí podía ver con toda claridad la operación de descarga de la lancha que continuaba, ajena a su presencia, a menos de cien metros de distancia.

Un chapoteo rompió las aguas. Un pequeño pez escapaba del acoso de otro mayor, saltando fuera del agua.

Justo entonces la lancha se movió. Desde su punto de observación, Acosta vio de pronto como la planeadora avanzaba dos metros en dirección al mar. Y pese a que nunca sabría que en realidad el movimiento había sido producido por el tropiezo de uno de los chicos de El Negro, quien empujó la embarcación por accidente, Acosta interpretó que la descarga había terminado y que la planeadora se disponía a escapar hacia mar abierto.

-Joder, ¡todavía no! –masculló Acosta decepcionado. Sabía que la patrullera apenas estaría saliendo del puerto y que las patrullas de apoyo que habría solicitado su compañero no llegaría al lugar hasta pasados diez o quince minutos.

El sargento Acosta, ansioso de acción, decidió actuar.

Desenfundando su pistola HK, salió de su escondite tras el matorral, introduciéndose en las someras aguas y avanzando trabajosamente hacia la planeadora, ya sin ocultarse.

-¡Alto! ¡Guardia Civil! –gritó el sargento avanzando con el agua hasta las pantorrillas y buscando protección tras los pilares del puente.

Su presencia desató el caos. Los marroquíes corrieron como alma que lleva el diablo ladera arriba hasta llegar al camino y después a la furgoneta. A El Negro se le escuchó maldecir, lejos del alcance visual de Acosta y enseguida el motor del vehículo arrancó, produciendo un ruido anormalmente alto. El motor estaba trucado, era evidente.

Abdel Azim, el patrón de la planeadora accionó el contacto y los cuatro motores Yamaha de doscientos cincuenta caballos cada uno rugieron al unísono mientras el sargento Acosta seguía avanzando dificultosamente a través de las aguas, ya sumergido hasta la cintura.

-¡Alto, alto! ¡Deténganse! –gritó inútilmente el sargento, fuera de sí. El ruido de los motores de la planeadora hacía inútil cualquier intento de comunicarse con su piloto.

La planeadora rugió furiosa y su proa se elevó hacia el cielo mientras viraba bruscamente hacia babor. Una de las hélices había topado con algún obstáculo sólido bajo la arena del fondo y había provocado el inesperado giro. El árabe soltó una maldición mientras varios fardos de hachís y algunas garrafas de gasolina saltaban por los aires cayendo estrepitosamente sobre el agua.

-¡Alto! ¡No se mueva! –seguía gritando Acosta en el preciso instante en que Abdel Azim abrió el tambucho de proa extrayendo de él una pistola ametralladora Marietta.

Una ráfaga de balas voló en dirección al sargento, quien apenas tuvo tiempo de refugiarse tras uno de los pilares que conformaban la estructura de sustentación del puente. Una bala golpeó ruidosamente el hormigón antes de salir desviada hacia el sur.

Acosta abrió fuego con su arma reglamentaria. El piloto hizo rugir de nuevo los motores al tiempo que maniobraba el timón. Esta vez no falló y la planeadora enfiló la salida del canal, y comenzó a avanzar trabajosamente, revolviendo el fondo arenoso.

Ni rastro de la patrullera. No va a llegar a tiempo de bloquear la salida del canal, pensó Acosta, mientras disparaba a la desesperada su pistola HK en dirección a la planeadora. – Ese cabrón se va a escapar –pensó, mientras vaciaba su cargador contra la embarcación y su único tripulante.

Fue entonces cuando un estampido infernal resonó en la noche.

Antes que pudiera darse cuenta de lo que había pasado, Acosta sintió que su cuerpo era empujado hacia atrás, cayendo de espaldas. Apenas escuchó el atronador sonido de la brutal explosión, ni fue consciente de la deflagración que iluminó el canal como si, de repente, hubiese llegado el día.

La columna de llamas se elevaba varios metros sobre lo que fue una vez una embarcación. Una gran humareda con un intenso olor a hachís, gasolina y carne quemada, hizo el aire irrespirable.

Luces azules centelleantes se acercaban por la avenida desde el Grao de Castellón. Acosta no podía escuchar ya la ruidosa sirena que las acompañaba, a causa de la explosión.

-La caballería –dijo para sí Acosta, mientras las llamas en el centro del canal descendían poco a poco en altura, todo se volvía negro a su alrededor y caía sin sentido.

IX. EL REGRESO

En la estación de autobuses Castellón, junto a la estación de Renfe, los pasajeros se acomodaban en el vehículo de la compañía Eurolines. Caía la tarde mientras los últimos viajeros acomodaban sus voluminosos equipajes en bodega, ayudados por los dos conductores. En pocos minutos comenzaría el largo viaje de dos días que llevaría al vehículo la frontera francesa primero, para atravesar después el sur de Francia, el norte de Italia, Eslovenia y Hungría, y llegar finalmente a Rumanía, entrando al país por su frontera oeste. Allí, algunos viajeros cambiarían de transporte y tomarían alguna de las rutas locales.

El rumano Ionel Blaga hojeaba dificultosamente un ejemplar de un periódico local. Pese a que le costaba leer español con fluidez, se afanaba en descifrar el texto de la noticia de portada referente a una espectacular operación antidroga ocurrida en la costa de Castellón dos días atrás. Según informaba el diario, en el operativo se habían detenido a varias personas cuya identidad no había trascendido, pero se especulaba que podían ser extranjeros. Se describía con todo lujo de detalles el espectacular operativo puesto en marcha por la Guardia Civil y la meritoria intervención de un joven sargento llamado Javier Acosta. Según el rotativo, los narcos habían hecho estallar una planeadora cargada de combustible en un intento de confundir a los agentes y escapar. La explosión se había podido escuchar en todo el distrito marítimo de Castellón. En el operativo, seguía el diario, habían muerto dos narcotraficantes. Un agente permanecía herido tras una espectacular persecución de una furgoneta por las calles del Grao de Castellón. Las primeras investigaciones, seguía explicando el diario, trataban de desvelar si tras el acto delictivo se escondía algún jefe del narcotráfico afincado en Castellón. El fiscal encargado del caso había abierto una amplia investigación en este sentido.

Los últimos pasajeros subieron al autobús y se instalaron en sus asientos. Ionel cerró cuidadosamente el periódico y lo guardó en uno de los bolsillos de su bolsa de deporte negra, que conservaba en su regazo. La misma bolsa de deporte con la que había tropezado en su desesperada huida la noche del incidente, tras escuchar los primeros disparos.

Sabía que alguien estaría echando de menos aquella bolsa.

*Castellón, octubre 2008
Corregido en abril de 2009*

Documento disponible para descarga gratuita en www.jcenrique.net/relatos
Contacta con el autor en el correo sinrumbo@jcenrique.net